

Arturo Jauretche

ESCRITOS INÉDITOS

**Obras Completas
Volumen 6**

 **CORREGIDOR**

INDICE

Prólogo.....	11
I. Borradores de “Los años mozos”, continuación de <i>Pantalones cortos</i>	
Buenos Aires en los tiempos de Yrigoyen	15
Los cafés de Buenos Aires... y otra vez la policía	19
II. Reportaje inédito a A. Jauretche	
Los primeros pasos en el radicalismo	27
Entre la Universidad y el Comité.....	43
La caída de Yrigoyen	61
El yrigoyenismo consecuente.....	75
Una singular prisión correntina.....	85
Del tratado Roca-Runciman al “Estatuto Legal del Coloniaje”	108
Desde el sótano de FORJA	123
Radicalizar la revolución y revolucionar al Radicalismo	140
El 17 de Octubre.....	152

III. Y la yapa...

1. Las dos caras del liberalismo argentino: progreso y antiprogreso	169
2. Opinión pública y democracia	211

PROLOGO

A fines de 1972, Arturo Jauretche publicó un libro “de memoria” –no de “memorias”, pues modestamente no se juzgaba importante para esa tarea– como si fueran simples testimonios de un paisano que había vivido sus “Pantalones Cortos” en Lincoln. En cálidas pinceladas retrataba allí sus experiencias de niño y adolescente, extrayendo siempre de las anécdotas personales, la enseñanza cultural o política que nos permitiese un conocimiento cada vez más profundo de la patria.

Gozamos leyendo el libro, aprendimos, asimismo, con él y hacia el final, Jauretche nos anunció: “Con los pantalones largos salí del pueblo y desde Buenos Aires vi un paisaje más grande del país. Cómo mis ojos fueron aprendiendo a verlo, es lo que cuento en el que seguirá, con el título “Los años mozos” y el subtítulo “Verde, pintón y maduro”, que se refiere a los cambios que hubo en mí, a medida que fui aprendiendo a ver y lo que vi, sin los anteojos deformantes que llevé antes de llegar a hombre. Su época es la que va desde 1914 hasta 1943. Quedarán para el tercero “Los altos años”, que empiezan en esa última fecha hasta... donde me dé el cuero, Dios mediante”.

Esperábamos ansiosamente la continuación de esta rica historia, vivida con pasión, compromiso e inteligencia, cuando el 25 de mayo de 1974, de puro patriota, don Arturo Jauretche se nos fue “para el silencio”, como dice el poeta. Quedaron truncas, así, ricas enseñanzas, relatos sabrosos, testimonios valiosísimos donde su mirada perspicaz sabía apreciar lo fundamental para resumirlo en una conclusión reveladora.

Ahora, con motivo de cumplirse –el 13 de noviembre– un nuevo aniversario de su nacimiento, Editorial Corregidor ha querido brindarle un homenaje, rescatando páginas inéditas que nos permitan continuar conversando con Jauretche, burlando de este modo las limitaciones que pretende imponer la muerte. Esta es la razón de este libro: para que don Arturo continúe lanzando sus alfilerazos, sus cáusticas respuestas, sus demoleedores argumentos.

Para ello, hemos recuperado un material de Archivo que constituye un borrador de ese segundo tomo “de memoria” frustrado, así como un reportaje inédito donde relata vicisitudes y experiencias que también corresponden a esos años. A ellos hemos agregado –para ser fieles a una práctica jauretcheana– como “yapa”, algunos artículos periodísticos no reproducidos hasta ahora y que estimamos resultan de gran vigencia.

Inmersos en una crisis muy honda y por tanto urgidos de reflexiones profundas sobre la realidad nacional, recurrimos nuevamente a él, como cuando íbamos a su departamento de Esmeralda y Paraguay, en busca de verdades de a puño y le decimos, como antes y como siempre: “Hable, Don Arturo. Lo escuchamos”.

NORBERTO GALASSO

I

Borradores de “Los años mozos”
(Continuación de *Pantalones cortos*)

Buenos Aires en los tiempos de Yrigoyen

Todavía, cuando llegué a Buenos Aires y muchos años después, la Avenida de Mayo era el centro de la ciudad, con su uniforme edificación de estilo francés fin de siglo que vino a ser alterado recién por el pasaje Barolo en el que el arquitecto Polante quiso tal vez hacer catalana una parte de la calle de los españoles. Pero esto lo veremos después, porque la Avenida de Mayo fue en primer término la calle de la política popular; por ella las multitudes habían arrastrado el coche de Yrigoyen en el trayecto del Congreso a la Casa de Gobierno en 1916 y en ella se celebraban casi todos los grandes mitines partidarios. Era además la calle de los diarios: *La Prensa*, *El Diario*, *La Razón*, *La Época* y más tarde *Crítica*, con sus pizarras y los tumultos ocasionados por sus noticias de la guerra y los escrutinios. La calle donde la gente se aglomeraba ante las noticias sensacionales.

Allí estaba la sirena de *La Prensa*. ¡La sirena de *La Prensa*! Cuando ella sonaba –lo hacía con poca frecuencia– la ciudad se conmovía porque acababa de ocurrir algún acontecimiento dramático. Aun de noche la ciudad se echaba a la calle. Imposible no oírla en el silencio de entonces. Es posible que hoy la sirena se oiga sólo como un zumbido y a pocas cuerdas, apagado por el rumor urbano, aún en la alta noche. Lo que sé es que hace muchos años que no la oigo, pero su último recuerdo es de 1939. ¡Pero qué recuerdo! Serían las dos de la mañana cuando me desperté y me senté en el borde de la cama y con mi mujer nos pusimos a llorar. Era inevitable lo que se había esperado minuto por minuto: la guerra mundial. Yo no tengo fácil el llanto, pero la certidumbre que la sirena anunciaba desbordó todas mis defensas y me sacó hacia afuera de mí mismo como salía de la máquina el zumbido aterrador cuyo mensaje sobrevolaba la ciudad despertándola angustiada.

Como dije el principio, la Avenida de Mayo era esencialmente la calle de la política y sobre todo de los radicales; en sus numerosos hoteles –porque entonces también era la calle de la hotelería– se alo-

jaban los políticos postulantes de provincias como si quisieran acortar y hacer más directo el trayecto hacia la Casa de Gobierno, donde estaba don Hipólito, ahí a pocas cuadras derecho por ella. La Fronda “conserva” insistía constantemente buscando analogías entre el radicalismo y el islamismo y así decía: “bajo los toldos musulmanes de la Avenida de Mayo acampa la multitud de creyentes que viene a pedirle al «Profeta» sus milagros”.

Había un hotel sobre todo que era un verdadero bastión radical: el España, en cuyo salón comedor, en el bar, y en las mesas de las verdades se oían todas las tonadas de los provincias argentinas aunque predominaban los hombres de la de Buenos Aires. La excepción de la avenida era un hotel, el París, en Salta y Avenida de Mayo, que era de los conservadores. Allí alcancé a ver a través de las vidrieras a algunos primeras figuras de la época y entre ellos –tal vez lo recuerde por lo pintoresco– al famoso Payo Roqué, que me mostraban como una curiosidad con su particular atuendo.

Por la Avenida de Mayo desfilaron las grandes manifestaciones radicales, ordenadas circunscripción por circunscripción. Iniciaba la marcha la Primera generalmente con un grupo bastante numeroso de gente de boina blanca a caballo, la mayoría de Mataderos, con Juan Bidegain a la cabeza. Después de la Primera, con sus escuadras a pie separada por un amplio espacio y encabezada como todas las secciones por profusión de banderas, la Argentina desde luego, la del Parque –verde, rosa y blanca–, la albirroja del 93 y retratos de Alem e Yrigoyen y numerosos estandartes correspondientes a las distintas agrupaciones de cada circunscripción, iban sucediéndose éstas hasta la veinte. El desfile se realizaba por Avenida de Mayo hasta Perú por donde tomaba siguiendo Florida hasta la Plaza San Martín. Era el mismo recorrido de los desfiles militares de la época, pero éste mucho más ruidoso de vivas, y también de mueras que se convertía en una silbatina sostenida cuando la columna llegaba a Perú donde dejaba la avenida. La silbatina era para *La Prensa* y repetida en todas las ocasiones.

Muchos años después recordar esto me resultó muy aleccionador, cuando el gobierno de Perón expropió *La Prensa*, viendo cómo los radicales se afligían por lo que ellos hubieran querido hacer y no hicieron. Reflexión parecida me causó la cólera de los radicales por el incendio del Jockey Club, proyecto que en su corazoncito alimentaban siempre los participantes en aquellas manifestaciones. Nunca llegaron

a eso, pero había un acto que se reiteraba en cada uno de los desfiles como de ritual: cuando la sexta sección encabezada por Don Pedro Bidegain llegaba a la esquina de Lavalle y Florida se detenía dando tiempo para que la quinta –“la quinta de Fierro” decían entonces, a cuyo frente iban Joaquín Costa y el librero Pellerano– se adelantase dejando un espacio libre entre las dos secciones. Entonces un afiliado de la sexta, loco conocido del barrio de Boedo, ocupaba el centro de la calle frente a la puerta del Jockey y allí bailaba “la danza del odio”, o lo que él entendía por tal según gesticulaba, se retorció y movía los brazos y piernas amenazadoramente, contemplado por un grupo de socios desde el balcón que cubría la entrada. Al término del baile, que los socios seguros de su invulnerabilidad aplaudían entre risas, la sexta circunscripción reanudaba su marcha, pero como en la esquina cercana a *La Prensa*, con una uniforme música de silbidos.

Sin embargo, a pesar de esta connotación política, la Avenida de Mayo ya era la calle de los españoles. Mi paladar de adolescente guarda el regusto del chocolate con vainillas, tostados y churros y el nombre famoso de La Armonía, que con La Castellana, también de la avenida y el Seminario de Cangallo y Pellegrini perfuman de cacao mis recuerdos de esa época. Pero tampoco son extraños a éstos el puchero famoso del hotel España y su carne con cuero, una vez por semana, como ciertas natillas a la catalana, que prestigiaron sus mesas hasta que cerró.

Ricardo Llanes en su historia de la Avenida de Mayo nos explica las razones porqué ésta fue siendo cada vez más la calle de los españoles y desalojando a provincianos y radicales del primer plano. Entre estas razones cuento la cercanía con las viejas casonas del barrio sur, Victoria, Moreno, Alsina, Belgrano y las transversales, donde se había radicado el comercio mayorista y de registro en su mayor parte español. No descarto que el género chico, la zarzuela, el cuplé, de los teatros Lima y Avenida hayan influido aunque lo lógico es suponer lo inverso. Lo cierto es que después de 1930 la españolización de la Avenida de Mayo había primado sobre su carácter político o provinciano. Pero la guerra civil de España fue el escenario de encuentro de los bandos peninsulares y es por demás conocida la historia de los combates entre los habitués de la confitería del hotel Español –rebeldes– y los del café Mundial –leales–, que ubicados en las dos esquinas del sur de la calle se embestían de palabra para terminar dando